



"Es un libro que más que cerrar la reflexión sobre cada uno de los objetos que describe, invita a querer saber más sobre ellos".

TAN LEJOS, TAN CERCA

LA INVITACIÓN QUE NOS HACE LA HISTORIADORA DEL ARTE SANDRA ACCÀTINO, A TRAVÉS DE SU LIBRO “MIRAR DE LEJOS”, ES A DEJARNOS CAUTIVAR POR LAS HISTORIAS DE TRÁS DE OBRAS QUE HAN SOBREVIVIDO POR SIGLOS EN LOS GRANDES MUSEOS Y SIGUEN VIGENTES, A OBSERVARLAS DESDE NUESTRA MIRADA CONTEMPORÁNEA Y A DISFRUTARLAS MEDIANTE LOS SENTIDOS.

Por Paula Véliz G. Retrato: Carla Pinilla G. Fotografías: gentileza Sandra Accatino.

Cuando Sandra Acattino recorre un museo, lo hace seleccionando previamente cuáles serán las obras en las que se detendrá. Escoge ciertos hitos y descarta otros porque sabe que para acercarse a los “secretos” que no están en el catálogo, y a veces tampoco en los libros de arte, se necesita una mirada pausada y atenta.

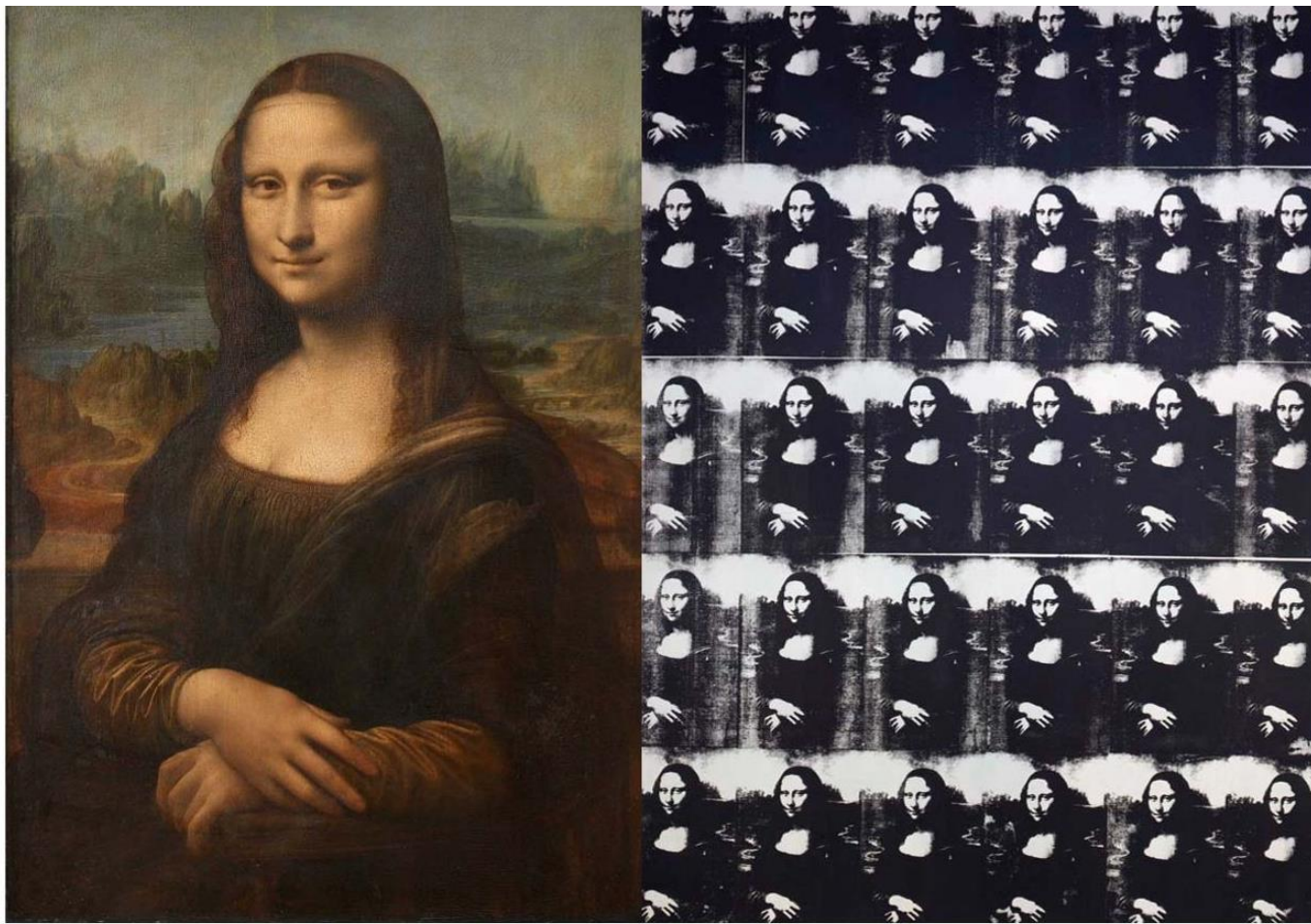
Tampoco toma fotos, solo se para a contemplar dejando que sus sentidos atrapen los detalles en una experiencia personal y única con cada pieza. Se emociona cuando contrasta con la realidad datos que tantas veces ha traspasado a sus alumnos en sus más de 20 años enseñando arte moderno europeo en distintas universidades chilenas, y actualmente como académica del Departamento de Arte de la [Universidad Alberto Hurtado](#).

Dice que hasta se pone nerviosa cuando sabe que se enfrentará por primera vez a uno de sus clásicos favoritos. En su libro “Mirar de lejos”, publicado en 2019 por [UAH ediciones](#), propone al espectador esa mirada inquisitiva de 56 obras que fueron producidas entre los siglos XV y XIX, su período predilecto.

—Tomé objetos que sentía la necesidad de estudiar; cuadros, esculturas, grabados que en distintos momentos me interpelaron por diversas razones, que no siempre eran los mismos consignados en los libros de arte. No pretende ser el Credo, no quise poner en él todos los dogmas que normalmente deben estar en un catálogo de las obras emblemáticas. Están algunas de esas que son indiscutiblemente importantes, pero también otras que jamás se incluirían en los registros clásicos.

Y ahí está justamente la gracia para el lector, que contiene piezas que podemos reconocer fácilmente —“La última cena” de Leonardo, “La ronda nocturna” de Rembrandt o “La Venus del espejo” de Velázquez, “La noche estrellada” de Van Gogh— y otras que ella califica como “más esquivas y secretas, que me parecen igualmente importantes”.

—Están porque sentí curiosidad y quedé prendada de los materiales de los que están hechas, por las soluciones figurativas que proponen, por los temas que abordan, por la



“Retrato de Lisa Gherardini” o “Gioconda” o “Mona Lisa” (c. 1502 - 1516), Leonardo da Vinci. Óleo sobre tabla de madera de álamo. Museo del Louvre, París. La original, o la imagen que sus reproducciones han forjado de ella, se convirtió en un ícono popular cuya consagración absoluta advino en 1962, cuando fue expuesta en Washington y Nueva York. Si tras el robo del cuadro, en 1911, su ausencia había provocado masivas peregrinaciones a ver el vacío dejado en la pared del museo, cincuenta años más tarde más de un millón y medio de personas visitaron las salas estadounidenses en las que se expuso. Warhol inició entonces su serie que culminó con “Treinta son mejor que una” (1963).

forma en que se relacionan con otras imágenes y con los espectadores, por la extrañeza que encierran.

Sandra se apura en aclarar que la del libro es su propia mirada, no es la única, y que deja abiertas muchas otras opciones para hacer nuevos descubrimientos.

— Surge la pregunta que cada uno quiere hacerle a ese objeto, y eso es muy personal e íntimo. En el libro están las preguntas que yo me hacía y cómo yo traté de contestármelas, o las preguntas que yo pensaba que podían ser interesantes para un lector en Chile hoy, pero también son objetos abiertos, ninguna de estas descripciones o análisis deja cerrada la mirada sobre esas obras.

La publicación fue la consecuencia lógica de una serie de artículos realizados en la revista independiente La Panera, en los que su intención fue llegar a un público más amplio que aquel que tiene acceso a los libros o a sus clases.

El impacto mediático de “La Gioconda”

Desde pequeña Sandra sintió interés en el arte, como también en la naturaleza y en la ciencia. Los paseos al Bellas Artes y las vacaciones de camping al sur se mezclaron en su infancia naturalmente, lo mismo que la lectura de libros de esos temas, como también de historia o literatura universal. Estudió Licenciatura

en Arte con mención en pintura en la Universidad de Chile y trabajó haciendo grabado, pero pronto se dio cuenta de que gozaba más en la investigación y comunicación de sus hallazgos que en la creación de una obra propia. En su primera estadía en Florencia comenzó a retener esas imágenes que más tarde formarían parte de su vida cotidiana, y que la llevaron a hacer el doctorado en Estética y Teoría de Arte.

— Descubrí que leer, ver, aprender y conocer sobre las obras de arte y sobre las imágenes me produce más curiosidad y también mayor felicidad que lo que yo podía llegar a hacer.

Una pregunta que atraviesa el libro y cuya respuesta da sentido a su trabajo más allá de la publicación es ¿para qué escribir, enseñar o leer sobre objetos hechos hace siglos, en lugares y culturas que nos parecen tan lejanos?

— Mientras más nos expongamos, mientras más tiempo les demos a las cosas para que nos digan algo, y más curiosidad sintamos por ellas, más elementos de análisis vamos a tener para entender lo que nos rodea. Quizás si se conocieran más los clásicos, si pudiéramos tener esa amplia perspectiva, podríamos construir un mundo más abierto a las diferencias. A las distintas voces, y a pensar que aunque fueron hechas hace 400 años o más, en este momento todavía son nuestras contemporáneas. Y si han perdurado todo ese tiempo,



"La ronda nocturna", Rembrandt van Rijn (1642). Óleo sobre tela. Rijksmuseum, Amsterdam. Es una obra que ha sufrido múltiples transformaciones: los barnices naturales se oscurecieron; menos de 70 años después de haber sido hecha, fue cortada; en 1975 fue acuchillada varias veces. A pesar de eso, el carácter absolutamente revolucionario de la pintura se mantiene: al mirarla, todavía hoy, nos sentimos envueltos por ella y por el efecto de vida de sus personajes y de su composición.

"Engaño con cartas, cameos, monedas y objetos de escritura", Caterina della Santa (1791). Técnica mixta sobre papel y masilla. Palazzo Pitti, Florencia. Incluye otras materialidades como papel, masilla, acuarela, tinta, y la simulación de objetos vinculados al arte y a su relación con la escritura. Esta pintura es una obra muy frágil, que se exhibe muy poco, hecha por una mujer artista de la que no sabemos casi nada, en un horizonte artístico muy desigual.



también es por algo. Eso no es fortuito, esa larga permanencia algo tiene que decirnos.

El ejemplo más mediático al respecto es el de "La Gioconda" (circa 1502 -1516), una obra que en su vida ha ido adquiriendo dimensiones insospechadas por Leonardo da Vinci y que nada tienen que ver con las que le dieron fama en su origen. Para Sandra, es un buen modelo para describir cómo la historia del arte se escribe también a partir de hechos fortuitos.

—Aunque el impacto que causó "La Gioconda" en

Rafael y otros artistas de su tiempo fue inmediato, pues vieron en ella una imagen que provocaba la impresión de estar frente a una presencia viva, su fama se debe a su pertenencia al famoso Museo del Louvre. Su figura se conoció a través de los grabados que se hicieron de las obras de sus colecciones durante los siglos XVIII y XIX y su robo, en 1911, hizo que se difundiera masivamente a través de fotografías. Después del robo, Apollinaire y Picasso fueron arrestados y acusados de haberla robado y Malevich, Duchamp y Picabia



"Caja de perspectivas", Samuel van Hoogstraten (c. 1655-1660). Madera y óleo. National Gallery, Londres. Este objeto nos invita a pensar en las conexiones entre el arte barroco y el arte contemporáneo, en él descubrimos una reflexión muy profunda sobre la seducción de la ilusión, sobre nuestra propia curiosidad y nuestra condición de *voyeurs* de mundos íntimos.



"Los embajadores" Hans Holbein (1533). Oleo sobre tabla de madera de roble. National Gallery, Londres. Es un cuadro que contiene un secreto (la anamorfosis del esqueleto en el primer plano), que nos invita a mirarlo de cerca y también desde distintos ángulos para lograr descifrar quiénes son los personajes y qué los convoca a ellos y a todos los objetos representados, una suerte de compendio de todos los logros de la temprana modernidad, pero también de su frágil condición.

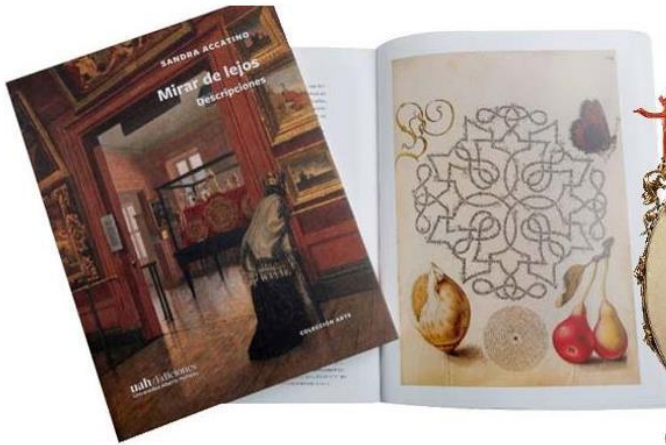
la utilizaron en sus obras y la inscribieron tempranamente en el arte más vanguardista del siglo XX. En 1962 se expuso en Estados Unidos y se transformó en un ícono pop en las pinturas de Warhol. Hace unos años tuvo un rol estelar en el Código Da Vinci y la primera toma de Beyoncé y Jay-Z en el Louvre es frente a la pintura.

Observar estas obras "lejanas" también nos permite —según Sandra— iluminar nuestro conocimiento sobre otras épocas y descubrir dimensiones que quizás no habíamos visto en ellas.

—"La noche estrellada" de Van Gogh, por ejemplo, es contemporánea a los relatos de Julio Verne y refleja la fascinación de la segunda mitad del siglo XIX por los



"La noche estrellada", Vincent van Gogh (1889). Óleo sobre tela. Museum of Modern Art, Nueva York. Aunque haya sido pintada hace casi 150 años, todavía la sentimos cercana. Nos interpela también la forma en que convergen en ella emociones que tienen que ver con el fin de un siglo, con los avances de la ciencia, con el anhelo de una conexión entre el cosmos y el ser humano. Y es siempre una razón para afirmar que lo más interesante de Van Gogh no es su historia personal, sino sus pinturas.



relatos de futuras exploraciones a la luna y a mundos distantes. El mismo año en que se pintó, 1889, se inauguró la torre Eiffel con un observatorio astronómico en su interior y un telescopio en su cumbre.

Así también las preguntas que el arte contemporáneo intenta abordar, muchas veces tienen su respuesta en estas imágenes antiguas.

—Cómo las instalaciones contemporáneas invitan a crear recorridos y descubrir envíos y referencias entre los objetos expuestos tiene un antecedente y algo que aprender en la forma en que los artistas del Renacimiento disponían sus pinturas en las capillas o cómo podían ser vistos el David de Miguel Ángel y el Perseo con la cabeza de Medusa en la Plaza de la Signoría, en



"Copa con huevo de avestruz y corales", Clement Kicklinger (c. 1570-1575). Kunsthistorisches Museum, Viena. Es un ejemplo fascinante del tipo de objetos que se coleccionaban en las Wunderkammern, salas en las que convergían maravillas del arte y de la naturaleza, antepasados de nuestros museos. Nos ofrece la oportunidad de apreciar cómo estas disciplinas podían fusionarse mucho antes que el arte contemporáneo volviera a explorar esos caminos.

Florenza. La puesta en escena de los autorretratos puede ser comparada con la obsesión actual por las selfies; la experimentación y mezcla de materiales y el desafío a las categorías con las que se suele pensar hoy el arte estaban ya implícitos en los fantásticos objetos de los gabinetes de curiosidades de los siglos XVI y XVII, en los que se mezclaba lo artificial y lo natural, la artesanía con las bellas artes, lo doméstico y lo exótico, lo religioso y lo secular, tal como se puede ver en la "Copa con huevo de avestruz y corales" de Clement Kicklinger (circa 1570-1575).

El recorrido es insospechado y los descubrimientos inesperados. Según Accattino, basta con aprender a mirar. ■